

EL CORREO DE LA MODA,

PERIÓDICO DE LITERATURA, EDUCACION, TEATROS, LABORES Y MODAS.

Los artículos contenidos en este número son propiedad.

SUMARIO. *Revista de Modas*, por D.^a Aurora Perez Miron.—*El lirio blanco*, por D.^a Angela Grassi.—*A mi pluma* (poesía), por D. Antonio Corzo y Barrera.—*Amor y coquetismo*, por D.^a Micaela de Silva.—*Teatros*, por D. Diego de Rivera.—*Modas*.—**LÁMINAS:** *Figurin*, núm. 842.—*Figurin de Peinados*.—*Pliego de Dibujos y Patrones*.



REVISTA DE MODAS.



L primer deber de una cronista de Modas es atender á todas las exigencias de actualidad y al gusto individual, lo que no es pequeña tarea.

La parte de nuestras lectoras que pertenece á ese círculo que brilla en el mundo, desea ser informada de los atavíos espléndidos que pueden fijar la atencion general en el palco de la ópera ó en el salon de baile; las de costumbres, menos agitadas, buscan con avidez entre las descripciones ostentosas, la reseña de algun severo traje de calle; la jóven modesta quiere ser enterada del atavío sencillo que su fortuna le permite usar, y todas en fin, con encontrados gustos, buscan en un artículo de Modas el suyo esclusivo. Cuestion difícil es, no ya satisfacer á todas, sino no dejar descontenta á ninguna, y este es el principal móvil que guia nuestra pluma, hoy que la Moda es consultada hasta en los actos menos importantes de la vida. Traje de mañana, de calle, de paseo, de casa, de salon, de baile... no hay acto de la vida de la mujer á que no conceda la Moda su traje propio! A la numerosa falanje que hoy conocemos, nuestros colegas del vecino imperio añaden ya el traje *patinadora*, tan cuidado este año en París como un traje de baile. Ciertamente es que el lago donde se han corrido los patines presentaba el aspecto de un verdadero salon iluminado con antorchas, faroles venecianos, etc.

El uso del traje corto favorece mucho para este ejercicio, y se citan trajes de falda blanca y doble falda, guarnecidas de cisne, paletot ceñido de igual tela y adorno, sombrero cuadrado y orillado de cisne, que recuerda el gorrito polonés, y botas imperiales de tafete blanco, guarnecidas de cisne tambien. Una mujer jóven y hermosa, vestida de este modo y deslizándose rápida sobre la helada superficie,

deja comprender á la imaginacion la hada de la nieve, la diosa del hielo!

Pero dejemos estos trajes, que por fortuna nuestra no hemos de utilizar ya este año, y pasemos á la exigencia de actualidad, al capricho del momento! Como en todas las casas donde se recibe se ha hecho imprescindible hacer comedias, en todas ellas se ha hecho de rigor dar por lo menos un baile de trajes. ¡Hé aquí la cuestion palpitante! ¡Hé aquí el grave asunto que preocupa por el momento á nuestras bellas!

Los trajes mas inverosímiles, los atavíos mas escéntricos, esos son los llamados á figurar en primer término! Las flores tienen su genuina representacion en estos trajes, y niñas hermosas, verdaderas flores de la naturaleza, piden disfraz á sus hermanas, y se presentarán de *rosa*, de *margarita*, de *tulipan*, etc. Tres ó cuatro faldas de tul de colores á propósito, recortadas una sobre otra, imitan á las dos primeras, formando con el cuerpo de tafetan verde, el tallo de la flor: el tercero, siguiendo el mismo orden, le confeccionan dos faldas listadas, abierta una sobre otra, y las mangas verdes y perdidas, imitan las hojas de la planta, completando el traje un turbante formado por otra flor. Estos trajes, los de mariposa, hada de las flores, india, reina del juego, y los infinitos de Luis XV en jardineras, cazadoras, molineras, etc., serán los predilectos y preferidos por nuestras bellas.

No obstante, como no todas querrán ocuparse de un disfraz, justo es reseñar un traje sério de baile que pueda alternar, sin parecer desairado, en medio de la vistosa animacion de un baile de trajes. Recomendaremos al efecto uno de muselina con cuatro volantes (*Figurin*, núm. 842), de una cuarta de ancho, y encima túnica de crespón blanco, escotada en cuadro, y con grandes tablas en el costa-

do, formando gran caída desde allí por delante y por detrás: un volantito encañonado del mismo crespon la guarnece, y bieses de tafetan color de malva siguen todos sus contornos, y adornan en distintos dibujos la falda de la túnica, el cuerpo y la manga corta de bullon: ramos de camelias van en el pecho, en los hombros y en la tabla de la túnica, siendo de las mismas flores la corona colocada sobre el peinado imperio.

El traje corto para calle, figura ya admitido en la *toilette* femenina como una de las prendas indispensables. En efecto, el traje recogido no tiene razón de ser, y la Moda ha decretado, dando una prueba de buen sentido, traje corto y traje largo. Para calle es solo admisible el primero, por mas que algunas, mas independientes ó menos entendidas, estiendan su uso hasta la visita y el paseo: nosotros, concretándonos á recomendarle solo para el objeto indicado, citaremos uno de paño inglés chiné, color habana (*figurin citado*), de falda sin vuelo por arriba, muy corta, y descansando sobre otra interior de paño de igual color, liso, y terminada por un volante recortado á picos menudos, cuya falda permite ver todo alrededor el pié. La falda superior, así como la manga en su bajo, van orilladas de astrakan negro, y completan este modesto atavío un paletot recto y sin mangas, de terciopelo inglés, color marron, guarnecido como el traje, y un sombrero de terciopelo negro, con encaje blanco alrededor, pluma blanca, rosas y bridas verdes.

Para contentar á todas, como sentamos al principio de este artículo, réstanos recomendar para niña de diez años un traje de seda negra, de falda corta, ondeada y ribeteada de blanco, descansando sobre otra de grana lisa: un paletot entallado de seda negra con botones y vivo blanco acompañá á este traje, al que sirve de complemento el sombrero de terciopelo negro, con ala vuelta por los lados forrada de terciopelo grana.

Atendidas las exigencias principales de la Moda, pues en sombreros nada se ha presentado que digno de notar sea, vamos á ocuparnos de esos pequeños accesorios del traje, que sin constituir su fisonomía principal le dan el último toque de elegancia y distincion.

En los trajes de sociedad, y sobre las túnicas, se va generalizando, y dá al traje un realce notable, el echarpe sultana, cinturón flotante de gasa ó de raso, que se anuda por la cadera, dejando lucir la esbeltez del talle. Modelo de este adorno presentaba nuestro último *figurin*, y hoy al ci-

tarle, queremos únicamente hacer fijar á nuestras lectoras en este importante detalle de un traje pretencioso.

Los miriñaques van reduciendo su diámetro y los vestidos su vuelo, cortándose siempre en profunda nesga, y montando el exíguo vuelo que les queda por arriba en dos grandes pliegues á los lados, y un frunce á gran tabla en el centro por detrás: por delante van completamente lisos.

Los adornos de distintos colores al traje pierden visiblemente su prestigio, y hoy la mujer de buen gusto adorna su traje con el mismo color, variándole solo de tono: la diferente escala de los grises ofrece ancho campo á la inventiva de nuestras modistas, dando por resultado trajes de tanta coquetería como distincion.

Las flores para sociedad sustituyen con ventaja á la bisutería, que habia estendido demasiado su imperio, y hoy las coronas y las flores sueltas, tienen solo el privilegio de aposentarse entre los cabellos de nuestras hermosas damas. Inútil parece hablar de peinados en un periódico que ofrece á sus suscriptoras *figurines* especiales de ellos, y menos en este número, cuyo *figurin* doble de este género satisfará de seguro todos los gustos, pero no podemos menos de hacer notar á nuestras lectoras, que el peinado que por el momento adquiere mas éxito es el llamado *Margarita*, por la semejanza con el que saca en el *Fausto* la heroína de Goethe. Compónese de rodete alto, bandós levantados de adelante, y largas trenzas caídas por detrás de la oreja. Este peinado es sencillo, inocente, lleno de encantadora naturalidad! Háblase de dejarlas completamente sueltas y flotantes por la espalda, pero como esto no seria un peinado, y si solo una estravagancia de la Moda, no queremos ni aun detenernos en rebatirlo.

La lencería contribuye no poco á realzar la hermosura de la mujer, y muchas veces hasta nos demuestra condiciones morales de no poca estima: á las que comprenden todo el valor de la lencería en el atavío femenino, les diremos que para vestir sigue obteniendo igual favor el cuello de puntas prolongadas por delante, de encaje de Cluny ó rico bordado, llamado últimamente *Patti*, por deferencia sin duda á la célebre *donna* que los usa. El cuello Metternich es el que se compone de la misma forma, con bordados y aplicaciones de encaje, y finalmente, para teatro y reunion de confianza se recomienda el cuello Luis XVI, de tela lisa y tamaño regular, prolongado por un ancho Valenciennes en forma de valona.

AURORA PEREZ MIRON.

INSTRUCCION.

EL LIBRO BLANCO.

Margarita de Austria fué una de las princesas que mas brillaron en la corte de las Españas por su preclaro talento

y las bellas cualidades de su alma. Hija del Emperador de Alemania, Maximiliano I, y de María de Borgoña, nació en Flandes en 1479, y desde su mas tierna edad dió á conocer la admirable sensatez de su juicio y la rectitud de su conciencia.

Cuentan que aun no habia cumplido siete años, cuando jugando un dia con otros niños de su edad en los jardines de Palacio, vió á Juana, la hija del conserje, que estaba apoyada en el dintel de la casita que la servia de albergue, y aspiraba con delicia el perfume de un lirio que tenia en la mano.

Margarita fijó sus ávidos ojos en la flor, y recorrió todo el jardin en busca de otro lirio semejante; pero aunque habia muchos y muy bellos, ninguno ostentaba la aterciopelada blancura del primero. Tenia la imaginacion viva, las pasiones exaltadas; se puso triste, cabizbaja, y hasta rodó por sus mejillas una lágrima de despecho.

—¿Por qué lloras? la preguntó Federico, niño como ella, é hijo del conde de Furtemberg, uno de los mas altos dignatarios del Imperio.

—¡Lloro, respondió Margarita entre sollozos, porque no he encontrado ningun lirio que se parezca al que tiene Juana!

Federico no respondió, y desapareció súbitamente de su lado.

Al cabo de algunos minutos volvió, jadeante y sudoso, trayendo en su mano el lirio que Margarita tanto codiciaba.

Ésta se turbó.

—¿Te lo ha dado ella? le preguntó en voz baja y temblorosa.

—No, dijo Federico, se lo he arrancado por medio de la fuerza, y aun he tenido que pegarla para conseguir que no lo destrozase.

Margarita guardó silencio durante algunos instantes, luego puso su manecita en la mano de su compañero, y le dijo con acento dulce y triste á la vez:

—¡Has hecho mal, querido Federico, esta flor no nos pertenece! Juana es pobre, tiene dos años menos que yo, y he oido decir que deben respetarse doblemente los derechos de los que son débiles y humildes. Mucho me gusta el lirio, mucho agradezco tu buen deseo de complacerme, pero mi conciencia me dice que no debo conservarle. Ven conmigo, Federico, y si quieres agradarme haz lo que yo haga.

Echó á correr la amable niña hácia la casita del conserje, penetró en su interior, y hallando á Juana que lloraba en los brazos de su madre, la dijo con efusion:

—No llores, guarda tu lirio; es tuyo, y yo aunque hija del Emperador no tengo derecho para quitártelo. Perdona á Federico el daño que te hizo, perdóname á mí tambien, porque he sido causa de que te lo hiciera, y en memoria de mi sentimiento por cuanto ha pasado, toma esta sortija!

Juana al principio quedó confusa, pero despues, obedeciendo á las indicaciones de su madre, se postró de rodillas, y rogó á la Princesa que aceptase la flor en prenda de su ternura.

Cuando Margarita volvió adonde estaban los otros niños, ostentaba con orgullo el precioso lirio que ya no debia á la violencia, sino á la gratitud y al cariño. Sin embargo, no le conservó mucho tiempo.

—Guárdalo, dijo dándoselo á Federico, guárdalo siempre, y aunque esté marchito, nos recordará lo que debemos á la moderacion y á la justicia.

Este espíritu de rectitud se desarrolló en ella con la edad de un modo tan extraordinario, que su padre sometia á su decision las importantes cuestiones del Estado, y le fué muy útil seguir sus consejos, siempre justos, en medio de las revueltas que agitaban la Alemania.

Mas tarde, la nombró gobernadora de los Países Bajos, cargo difícil y espinoso en aquella época de transaccion, en que era preciso tener igualmente á raya al pueblo que empezaba á reclamar sus derechos, y á la nobleza feudal que recurria á toda clase de desmanes para no perder su amenazada supremacía.

No obstante, su gobernacion fué tan acertada, supo unir tan bien la firmeza á la clemencia, castigó con tanta energía el mal, premiando al bien donde quiera que lo hallase, que era al mismo tiempo bendecida y respetada. Cuando salia en público, sus guardias apenas podian contener las oleadas de la multitud que la seguia victoreándola, y en una época en que estuvo enferma, toda la ciudad se vistió espontáneamente de luto, cesaron las fiestas, cesaron los trabajos, y ricos y pobres acudian al templo, rogando á Dios con lágrimas fervorosas que devolviese la salud á su idolatrada bienhechora.

¡Bello y tierno homenaje rendido á la virtud, que aún en el mundo encuentra inefables recompensas!

Margarita era muy bella, y su voz tenia una dulzura maravillosa que hallaba el camino de todos los corazones. A pesar de esto, su aspecto era triste. Desde niña alimentaba un amor sin esperanza; amor puro, amor sublime que llenaba su existencia; pero, ¡ah! que el inflexible deber habia interpuesto un abismo entre ella y el objeto de su cariño! Federico de Furtemberg, que habia crecido á su lado, que se habia convertido en un hermoso y apuesto caballero, era el objeto de su misterioso culto, pero á pesar de que el jóven la amaba con pasion, nunca obtuvo de sus labios la menor promesa.

Margarita sabia que las princesas se deben á su elevada estirpe, se deben á los grandes intereses del Estado, y á pesar de la violenta lucha que sostenia consigo misma, permitió que su padre la prometiera en casamiento, primero á Alejandro de Médicis, despues al Delfín de Francia, Carlos VIII. Por fortuna, la política rompió estos enlaces del mismo modo que los habia formado; pero al cabo de algun tiempo la infeliz tuvo que dar la mano de esposa á D. Juan Fernando, hijo del Rey Católico, que murió casi al instante, y mas tarde á Filiberto, el Bello, que tambien bajó muy prematuramente á la tumba. Con ambos se mostró digna de sí misma, siendo la mas tierna y la mas leal de las esposas.

Durante estos sucesos ocurrieron grandes cambios.

El Emperador Maximiliano dejó de existir, y su glorioso nieto Carlos V unió á la corona de España la corona de Alemania. Margarita resignó su poder en manos del nuevo Emperador, su sobrino, y se retiró á Malinas.

Hacia largo tiempo que era viuda, habia cumplido ya todos sus deberes con respecto á su familia y al Estado, y se halagó con la esperanza de que podia, sin desdoro, pensar en su felicidad privada.

Federico, que habia jurado no casarse nunca, hacia la

guerra en Italia, y procuraba embriagarse con la gloria, para olvidar las pesadumbres de su amor contrariado.

Al separarse de ella, hacia muchos años, la había entregado una cajita de ópalo, que contenía el seco lirio de Juana.

—Cuando V. A., la había dicho con voz trémula y entrecortada, tenga necesidad de un amigo, de un hermano, puede enviarme esta cajita, y me tendrá á su lado.

Así que Margarita llegó á Malinas, entregó á un antiguo servidor el precioso talisman, y le mandó que fuese á Italia en busca de Federico. Sabía que estaba libre, sabía que la amaba, estaba segura de que volaría á sus brazos.

Con increíble júbilo hizo sus preparativos de boda, mandó restaurar el palacio, mandó restaurar la capilla en donde debían celebrarse ante Dios aquellos castos esponsales, que él de antemano había bendecido y santificado. Con igual esmero hizo adornar el aposento de su futuro esposo, cubrió las paredes con los cuadros que á él mas le gustaban, colocó en su biblioteca los libros que leían juntos en su infancia.

Cuando todo estuvo dispuesto, su traje nupcial, los trajes de gala de su servidumbre, esperó. Esperó un día, esperó muchos, pasaron los meses, llegó el invierno...

Una tarde, en que como de costumbre, contemplaba desde la ojiva ventana de su palacio la deliciosa llanura que rodea á la ciudad, deseando ver aparecer algun mensajero en el confin del horizonte, soltó un grito, se llevó ambas manos al corazón, y exclamó con loco júbilo:

—¡Ya está aquí! ¡Ya llega!

Su amor, comprimido durante tantos años en el fondo de su alma, estalló de improviso, y sin dar treguas á la reflexión, atravesó corriendo los salones de palacio, bajó corriendo las escaleras de mármol, y llegó á la puerta, seguida de sus damas, que miraban su extraño desorden llenas de sorpresa y de zozobra.

Oíanse en la calle las pisadas de dos caballos; pero los caballos no se acercaban al galope, sino lenta y tristemente.

Margarita, sucumbiendo ante el peso de su dicha, ó tal vez embargada por un tímido rubor, en vez de seguir adelante retrocedió, y abrazando á sus damas, ocultó la cabeza en el seno de la mas anciana.

Los caballos seguían trotando, llegaron...

Pero ¡ay! que cuando Margarita levantó por fin la cabeza, vió que el anciano servidor, al que había reconocido desde lejos, vestía un traje negro, y estaba cubierto de negros arneses el caballo que traía de la brida.

La infeliz nada preguntó: no exhaló ni un ¡ay! ni una queja. Levantó los ojos al cielo, y volvió tambaleándose á su aposento. ¡Pero sus lágrimas fueron eternas aunque resignadas!

Federico había muerto cuando volvía ya á sus brazos, sorprendido en el camino por una partida de bandoleros italianos; pero antes de morir, la había escrito una larga y cariñosa carta, que el anciano servidor puso en las manos de la afligida Princesa, juntamente con la cajita, prenda de su cariño.

Margarita sobrevivió algunos años á esta catástrofe espantosa; pero los pasó en un absoluto retiro, atenta solo á sus prácticas piadosas.

—Él me espera en el cielo, decía sonriendo á sus damas, cuando querían arrancarla á su austera penitencia, y justo es que haga méritos para ser digna de entrar en la hermosa patria de los justos!

Murió el 30 de Noviembre de 1530, á la edad de 51 años, y se le hicieron unas exequias suntuosas, en las que no escasearon las lágrimas y preces de los pobres, de quienes siempre había sido madre compasiva. Su cuerpo fué trasladado á España, y su corazón quedó depositado en Malinas, en el sepulcro de su madre, pero juntamente con el corazón se puso, por orden suya, la cajita de ópalo que cerraba el secreto de su vida.

ANGELA GRASSI.

LITERATURA.

Á MI PLUMA.

Pluma, ¿cuál es tu suerte?

¡Correr por ella!

Y correr es el todo

De tu existencia!

¡Suerte felice!

Pues que por ella corres,

Por ella vives.

Tu ventura adivino

Porque la siento;

¡El amor es la vida,

La luz, el cielo!

¡Amo á una bella;

Y como amor es vida,

Vivo por ella.

Mas, ay! tú te consumes

Versos trazando:

Yo en aguardar la dicha

Mi vida gasto.

Los dos en suma

Por ella caminamos

Hacia la tumba.

¡Qué importa! Cuando inútil

Correr no puedas,

Yo guardaré tus restos,

Mi pluma bella:

Y en dulces rimas
Diré que por mi dueño
Viviste un día.

Cuando yo á los confines
Del mundo llegue,
Tal vez ella no otorgue
Llanto á mi muerte.
¡Quizá en mi huesa
Ni una lágrima caiga,
Ni una flor crezca!

Sin cesar me acongojan
Tristes presagios,
Temores que mi vida
Van acortando.

La causa advierto:
¡Como por ella vivo,
Por ella muero!

¡Oh, si de amor tan puro
La ardiente llama
En su virgíneo pecho
Se reflejara!

¡Si también ella,
Llena de amor el alma,
Por mí muriera!

Entonces ¿qué sería
La horrenda muerte?
¡Nuevo lazo de amores,
Lazo celeste!

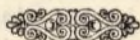
¡Ventura inmensa!
¡Palpitar en sus brazos,
Morir con ella!

Pero detente, oh pluma!
Cesa en tu sueño:
No en medio de la tierra
Busques un cielo:
Mira, cuitada,
Que en pos va el desengaño
De la esperanza.

Canta, sí, sus hechizos;
Dile mis penas;
Y pues por ella corres,
Vive por ella;
¡Mientras cautivo
Yo en la red de sus ojos
Por ella vivo!

Consúmeme sin tregua
Versos trazando;
Mientras yo en adorarla
Mi vida gasto.
¡Y siempre juntos
Por ella caminemos
Hacia el sepulcro!

ANTONIO CORZO Y BARRERA.



AMOR Y COQUETISMO.

Era una noche nebulosa de otoño. Las siete daban en el reloj del hospicio, cuando llegué á casa de mi hermana, la marquesa de San Torcuato.

Mi hermana, que á primera vista era imponente y grave, tratada era expansiva, jovial, y ¡Dios se lo perdone! frívola como una muchacha de quince años, y eso que rayaba en los setenta, y casi podía ser mi madre.

De todos sus hijos, no la quedaba sino una nieta, llamada Clotilde, y en ella cifrábamos mi hermana y yo la esperanza de nuestra vejez. Mi sobrina era un ángel de candor y dulzura.

Encontré á las dos muy ocupadas en devanar unas madejas de seda y estambre.

Leopoldo, sentado al pie de la mesa, dibujaba en el álbum de Clotilde, á quien de vez en cuando miraba y sonreía, volviéndose luego á contemplar su dibujo con el orgullo del artista que se halla contento de su obra.

Leopoldo era el niño mimado de la Marquesa, el prometido de Clotilde, y el hijo de mi hermano de armas, en una palabra, el novio que yo hubiera elegido, entre mil, para nuestra querida niña, porque á no dudarlo, era un muchacho de juicio, de talento y de carrera. Si no de gran fortuna, muy capaz de conquistarla honrosamente, y adquirir una posición tan distinguida como su nombre.

Cerca del balcón bostezaba el condesito de Monteverde, primo de Leopoldo, y en este concepto, mirado ya como de la familia; por lo demás, el tal condesito era un ente insignificante. Una de las muchísimas personas que salen y entran en los salones de gran tono, sin que nadie pregunte: ¿Quién es ese? sobre todo al salir.

Clotilde no era estremadamente bonita; pero á mí, no hay necesidad de que os lo diga, me lo parecía. Sus ojos eran el espejo de su alma, su sonrisa el reflejo de su corazón.

—Tío, exclamó al ver que me sentaba junto á la chimenea: no se coloque Vd. tan lejos de nosotras. Leopoldo nos está retratando, y quisiera ver su rostro de Vd. en el grupo.

—Lo que tú quieres bien lo sé yo, ¡vanidosilla! Es que resalte la frescura de tus diez y seis Añiles junto á un par de vetustos como mi hermana y yo...

—Rechazo las alusiones personales, dijo mi hermana, con una viveza que desmentía lo proveyo de sus años.

—Quién se acuerda de tal cosa?... exclamó en igual tono mi sobrina. Yo no busco contrastes, ni pretendo que nadie me tenga por bonita.

—¿Quiere Vd. inclinar un poquito más esa cabeza y estarse quietecita?... dijo Leopoldo, borrando algunas líneas que no estaban á su gusto.

Clotilde inclinó la cabeza de modo que los rizos cubrieron una parte del rostro.

—Así, así, exclamó el artista, dándose prisa á dibujar aquellos rizos.

El dibujo era una obra maestra de corrección y semejanza; el rostro de la Marquesa estaba lleno de animación; el de Clotilde había sido más retocado, y al verle se adivi-

naban los esfuerzos del artista para dar á las facciones mas finura sin quitarlas el parecido.

¡Dios mio! pensé yo. Este muchacho repara demasiado en las imperfecciones del rostro. ¡Estos artistas son entusiastas por la belleza!

De pronto se iluminó el salon con una luz rojiza, y un trueno espantoso sucedió instantáneamente al relámpago.

—¡Mala noche se prepara! dijo el Condesito, por decir algo.

—¡Mala! repitió la Marquesa, y lo siento, porque aguardaba la visita de Mad. de Merville.

—Mad. de Merville, pregunté yo, ¿no es aquella heroína de quien me contaste que había estado á pique de ser fusilada por los carlistas?

—¡Justamente! y tengo vivos deseos de presentársela.

—Y yo de conocerla, exclamó el Condesito, á quien había chocado el nombre de *heroína*, que yo la dí sin intencion. ¡Una heroína! exclamaba con énfasis. Sin verla, me figuro cómo será... Muy alta, con ojos rasgados y atrevidos, aire resuelto, voz de mando...

—Y brazo de hierro, añadió Leopoldo en tono de burla; mano que dispara un fusil sin que se agite su pulso. ¿Te gustan las mujeres así?

—¿Por qué no?

—Porque la mujer agrada por la dulzura y la timidez, y no por la fuerza.

—Ya, ya sabemos que te gustan las mujeres tímidas y candorosas, repuso el Conde, sonriendo á Clotilde, pero al cabo, las mujeres tímidas abundan mas que las heroínas.

—¡Afortunadamente! añadió Leopoldo. ¡Yo me hubiera encontrado muy mal en el pais de las Amazonas!

Mi hermana se reía, escuchando á los dos primos.—Ya veremos si os poneis de acuerdo el día que os presente á mi heroína, dijo, encarándose con el Conde.

—Lo que sentiré de veras, es que no sea esta misma noche.

—¿Y tú, primo, no dices lo mismo?

—Yo lo que digo, repuso el interpelado sonriendo á su futura, es que me hallo perfectamente así, en familia. ¡Es uno tan feliz cuando se halla solo rodeado de personas queridas!

Clotilde le miró con una ternura que manifestaba el mas profundo reconocimiento. Tengo reparado que cuanto mas digna de cariño es una mujer, mas agradece que la quieran: las coquetas y las orgullosas nunca son agradecidas.

En aquel momento paró á la puerta un carruaje, y mi hermana exclamó gozosa: —¿Si será nuestra heroína?

—¡Cuánto me alegraría! dijo el Conde atusándose los bigotes y enderezando el lazo de la corbata.

En esto se abrió la puerta del salon para dar paso á una mujer joven y enlutada, que avanzó risueña y hermosa, en términos que á su vista quedamos deslumbrados. A no verla es imposible imaginar una hermosura como la de Mad. de Merville. Figuráos á la Vénus de Médicis no como la representó el artista, sino tal como debió concebirla en sus momentos de inspiración; añadid los encantos de la finura, de la gracia, de la elegancia mas esquisita, las armonías de la voz, el magnetismo de la mirada, y tendreis una idea

de lo que fué por entonces la viuda del coronel Merville, muerto en defensa del trono de D.^a Isabel II y al frente de un escuadron de legionarios franceses.

Leopoldo, al verla entrar, hizo como los demás un movimiento de sorpresa, mas luego que pasaron los cumplidos, la recién venida nos rogó á todos con esquisita gracia que continuáramos en nuestra ocupacion, ó de lo contrario se daría por avisada de que su presencia era un estorbo, y por lo tanto, se vería en la precision de abreviar la visita; por consiguiente, cada cual se apresuró á obedecerla, y Leopoldo volvió á dibujar tranquilamente.

La francesa dirigía de cuando en cuando sus miradas á los dos primos. El Conde hacia lo posible por llamar su atencion, pero su rostro mofletudo no debió ser muy del gusto de la bella recién venida, y pronto dejó de mirarle.

En cambio, mas de cuatro veces la sorprendí mirando de reojo á Leopoldo, cuya fisonomía revelaba una inteligencia superior, una distincion esquisita. No obstante, la francesa no pareció hacer alto en que de los dos primos el uno casi no la miraba y el otro casi no la quitaba ojo.

No sé si os he dicho que mi hermana tenia el mayor gusto en causar una sorpresa á los demás; la hermosura de su protegida nos habia sorprendido á todos. Así es que no cesaba de mirarnos como diciendo: ¿Qué tal? Y el Conde arqueaba las cejas con aire estático, y á su parecer, sentimental; pero el éxtasis no le impedía ser curioso, y rabiaba por oír el lance del fusilamiento y saber cómo se habia librado la heroína.

Mi hermana lo comprendió, y con su natural despejo y complacencia logró que Mad. de Merville nos lo contara sin omitir ningún detalle.

Otra mujer se hubiera hecho de rogar, ó tal vez se hubiera cortado al referir un lance que tanto la interesaba delante de personas á quienes veía por vez primera; pero Mad. de Merville, á pesar de sus pocos años, era mujer de aplomo, y con candorosa sencillez comenzó á decir:

—La historia no es estraña, y menos en un pais afligido por la guerra civil, que indudablemente es la peor de las guerras.

Mi esposo mandaba un escuadron de voluntarios franceses, yo me habia empeñado en seguirle á España, que miro como patria mia, puesto que mis padres eran españoles (habian emigrado á Francia, en donde yo nací.) Allí murieron al poco tiempo de haberme casado con el comandante Merville; consintió éste en llevarme á Vitoria, y allí estaba cuando fué muerto en una batalla. Me hallé por consiguiente sola entre dos ejércitos enemigos, y traté de volverme á Francia, pero los caminos se hallaban infestados de facciosos, que á la sombra de la impunidad, cometian mil excesos. Tomé cuantas precauciones me ocurrieron, escondí mis alhajas y dinero entre las tablas de una calesa propia. Un criado fiel se ofreció á ser mi guia y conductor.

Partimos de Vitoria sin pasaporte, porque me dijeron que casi era lo mas seguro, puesto que no tendríamos ruta fija ni término designado.

¡Qué viaje, Dios mio! ¡Qué cosa tan horrorosa es la guerra!! Los pueblos estaban exhaustos, la gente hambrienta y acobardada, las tierras sin cultivo, los puentes cortados y los caminos intransitables.

Después de mil rodeos y contramarchas, llegamos á una venta que hay en frente de Lerin, uno de los pueblos de la ribera de Navarra. En la tal venta pedir un lecho hubiera sido una gollería, ¡gracias si hallamos cena! y eso porque á peso de oro compré unas truchas cojidas en la presa del molino inmediato.

Después de la cena, Perico se tendió sobre una manta

junto á la calesa, yo me subí al vehículo para dormir, sin mas techumbre que la del cielo, ni mas dosel que las ramas de un árbol, á cuyo pié habia arrimado la calesa: la mula pastaba cerca de allí.

(Se continuará.)

MICAELA DE SILVA.

TEATROS.

Años atrás se miraban con secreto desden las obras dramáticas traducidas, no porque en sí tengan poco valer, sino con relacion al mérito exíguo de que da muestras el traductor. Este sentimiento habia contribuido á que los autores españoles comprendiesen más la gloria de ser originales, produciéndose con tal motivo composiciones en dicha clase, de importancia y significacion diversas. Hace algun tiempo sin embargo que las traducciones vuelven á conseguir cierta boga, merced á los lucrativos resultados que á veces proporcionan, comparadas con el trabajo que ocasionan; y esto es de sentir en verdad, si significa que se acerca otra segunda época de producciones exclusivamente transpirenaicas.

De varias comedias, dramas, ó piezas, traducidas del francés, hemos hablado de algunos meses á esta parte, al tratar de los varios teatros de la corte, lo cual justifica nuestra asercion. La última quincena la corrobora mayormente.

En el Circo se estrenó una comedia en cuatro actos y en prosa, denominada *El Marqués de Villemér*.

El claro talento y la grande reputacion de su autora, Jorge Saud, despertó bastante la atencion del público aficionado á las obras dramáticas, por desear conocer en las tablas el mérito de quien á tanta altura raya en el libro. No completamente satisfactorio ha sido el resultado supuesto que la obra, considerada escénicamente revela que la escritora tiene en poco aprecio ó conoce no muy á fondo algunas prescripciones de la experiencia que aunque empíricas y más bien del oficio que del arte conviene tener presentes para conseguir efecto y éxito. Así es que esta comedia, á la vez que presenta pasajes interesantes, rasgos de talento, ofrece inverosimilitudes é inconsecuencias que hacen languidecer la accion. *El Marqués de Villemér*, comedia, está tomada de una novela de igual título y de la propia autora, obra que por su mejor desarrollo de libro y por las grandes dotes de su estilo llamó la atencion en Francia.

En esta representacion sobresalió el Sr. Morales, dando á entender sus adelantos en la profesion escénica.

Después de repetidos y significativos anuncios, propios para excitar el dormido interés de aquella parte del público que busca en el teatro el espectáculo y la accion novelesca, se ha estrenado durante la pasada semana en el coliseo de que tratamos una produccion de largas dimensiones, de aparato, y de no escaso efecto. *Juan el correo*, melodrama francés en cinco actos y diez cuadros en prosa es la obra á que nos referimos.

Completamente incluida en el citado género de melodrama, y fiel observadora de las leyes propias de su escuela, no revela cualidad apreciable ó defecto sensible que un espectador algo experimentado no haya observado en otras de la familia. Relatar su argumento seria casi imposible por las peripecias y accidentes que de él forman necesaria parte. Solamente debemos decir que tiene rasgos de efecto, caracteres pronunciados, trama complicada, escenas interesantes. Esto por un lado. Por el otro se echan de ver situaciones injustificadas, tipos antipáticos y languidez en ciertos puntos del desarrollo de la accion. De todos modos las condiciones buenas superan á las malas, siempre considerada la obra en su género peculiar; de donde resulta que entretiene é interesa á la concurrencia. Aumenta este efecto la parte de decoracion y adorno, que si no muy perfecta es nueva y esmerada, circunstancias ambas poco comunes en la decadencia actual del arte escénico, materialmente considerado.

En *Juan el correo* se han hecho laudables esfuerzos por parte de los actores, pero no todos ellos han tenido condiciones propias y adecuadas para brillar. La Sra. Valverde, por ejemplo, representa un papel muy ajeno á la índole de sus peculiares facultades cómicas. El Sr. Morales tampoco ha tenido en este melodrama un lugar á propósito para sus condiciones é inclinacion artística.

También el teatro de la ZARZUELA ha acudido en esta quincena al repertorio francés trasladando arreglado á sus tablas un drama en cinco actos, denominado *Volar sin alas*.

Esta obra pertenece á muy distinto género que la anteriormente citada, á saber, al del realismo estremado que de algun tiempo á esta parte anima la escuela francesa tanto en novelistas como en escritores dramáticos. Si mal no recordamos *Volar sin alas* reconoce por original una obra muy celebrada en París, de Victoriano Sardou. En ciertos pasajes de ella revela el autor conocimiento del corazón humano y de la sociedad contemporánea, pero no para producir efectos simpáticos al carácter español. *Volar sin alas* es obra de mérito, aunque no de relevante valía, siendo de sentir que en ella aparezcan algunas situaciones de dudosa conveniencia. El arreglo está hecho por D. Juan Catalina con talento y discrecion. La ejecucion escénica ha sido esmerada.

Un drama nuevo, original y en verso, destinado al beneficio del Sr. Casañer, nos dará ocasion de tratar con detenimiento del coliseo á que nos referimos, en la inmediata revista. *Doble corona* es el título de la produccion men-

cionada, la cual ha sido compuesta por el apreciable y laborioso escritor Sr. Retes.

Sabrán las lectoras que el PRÍNCIPE murió hace tiempo, víctima de la enfermedad de que venia adoleciendo. A la verdad no nos ha inspirado gran lástima, ni nos ha producido mucha sorpresa su radical clausura, porque se hallaba tan decadente que distaba mucho de figurar en el rango artístico á que por su clase le pertenecía. Antes de morir, sólo había dado por toda novedad, durante un largo período, la pieza en un acto denominada *Los dos sordos*, acomodada por el Sr. Escosura (D. Narciso) á la escena española. Este marasmo y la incompleta organizacion de su compañía eran por sí solas circunstancias bastantes para producir la derrota del coliseo.

De los Bufos sólo podemos decir por hoy que nada nuevo han ofrecido recientemente.

Las últimas bufonadas representadas en sus tablas fueron una zarzuela árabe llamada *Hacer el oso*, novísima metamorfosis de *L'ours et le Pacha*, ya conocida por una hermana mayor *El oso blanco y el oso negro*; y una sordera (así la califican los carteles) en un acto titulada *La trompa de Eustaquio*, hija también del mismo padre de *Los dos sordos*.

No sabemos qué novedades se dispondrán en este teatro. Veremos si son más afortunadas que las últimamente presentadas al público.

DIEGO DE RIVERA.

MODAS.

Explicacion del Figurin de peinados.

NUMS. 1 y 2. *Peinado de sociedad*, compuesto de rulos á la frente, moña de cocas y tirabuzones al pié.

Se abre raya en medio de la frente, y otra de una á otra oreja, retorciendo todo el cabello de atrás y haciéndole dar la vuelta como para un 8 vertical: de este modo se obtiene un nudo en lo alto, y con el cabo una coca en el bajo, haciendo con el pelo de los rizos cuatro retorcidos, uno de ellos en concha y los otros rectos, colocando sobre la frente un grupo de rizado postizo, y largos tirabuzones por detrás: guirnalda de hojas de yedra.

NUMS. 3 y 4. *Peinado de sociedad*, compuesto de cocas y rulos por delante y por detrás.

Abrese raya para este peinado como para el anterior, y con el pelo de cada rizo se hacen cuatro partes: con las dos mas altas cocas muy caídas sobre la frente, y con las restantes rulos que suben hácia el centro de la cabeza. Con el pelo de atrás se forma un retorcido grueso que rodea la moña de cocas horizontales, y completa el peinado un bucle á cada lado y flores enredadas con ellos.

Núm. 5. *Peinado Luis XV*, para traje de máscara, con erizon, cocas detrás de la oreja, y castaña, todo empolvado, y realzado con plumas azules y blancas, esprit y broches de de piedras.

Núm. 7. *Peinado* para traje nupcial, compuesto de bandós levantados y moña de cocas. El velo va prendido en bullones alrededor de los bandós, y ramas de azahar adornan además tan sencillo peinado.

Núm. 8. *Peinado para teatro*, compuesto todo de rulos.

Para este peinado no se ata el pelo ni se saca raya: se hace con un mechón del centro una trenza, donde se sujetan los rulos, que se ejecutan haciendo muchas separaciones en el pelo y rodeándolas en rulo, redondeando la cabeza y prendiéndolos á la trenza. Dos bucles postizos, que parten del centro cayendo sobre la espalda, completan el

peinado, que admite grupo de flores á la izquierda con rama colgando por la derecha.

NUMS. 6, 9 y 10. *Moñas* postizas figurando cocas ó retorcidos.

Explicacion del pliego de Dibujos y Patrones.

NUM. 1. *Dibujo* para limosneta de iglesia, bordado con trencilla ó cordon de oro sobre terciopelo.

NUMS. 2 y 3. *Puño y cuello* correspondientes, bordados al minuto sobre batista.

NUM. 4. *Cuarta* parte de almohadon, bordado con aplicaciones de paño ó cachemir, sobre lana ó terciopelo, y cogidas las aplicaciones á punto ruso. La cinta debe ser de un color, las rosas de otro, y de otro las turcas.

NUM. 5. *Camiseta*, bordada á punto Méjico y ruso, para niña.

NUM. 6. *Abecedario*, bordado á plumetis.

NUM. 7. *Entredos*, bordado al minuto.

NUM. 8. *Cenefa*, bordada con cordoncillo ó soutache.

NUM. 9. *Entredos*, bordado á la inglesa y pasado.

NUM. 11. *Idem*, al pasado.

NUM. 12. *Pañuelo*, bordado á plumetis.

MUMS. 13, 14, 15, 16 y 17. *Escudos*, bordados á plumetis.

El patron que se ve á la espalda es del *paletot* recto correspondiente á la 2.ª figura del figurin, núm. 839, repartido en 24 de Enero último. Compónese de solas tres piezas, que son: núm. 1 *Delantero*; núm. 2 *Espalda*, y número 3 *Manga*.

Por lo no firmado: el Director
y Editor propietario, P. J. de la Peña.

MADRID.—1867.

IMPRESA DE M. Campo-Redondo.—OLMO, 14.